VEINTE AÑOS DESPUES
DE SU MUERTE

GABRIELA MISTRAL

Por Carmen CONDE

EN MI MEMORIA (1889-1957)

Se cumplen veinte años de la muerte de Gabriela Mistral ocurrida en ya lejano y frío día de enero de 1957 en el hospital de Hemspead (Nueva York). La gran poetisa española Carmen Conde, que comparte con ella y junto a Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou el honor de los primeros lugares de la poesía castellana, relata en este capítulo de hermosa memoria los lazos de admiración y afecto que le unieron a la excelsa lírica chilena, premio Nobel de Literatura en 1945. Es, como puede presumirse, un documento inestimable. Maestra como Gabriela, creadora junto a su marido de la Universidad Popular de Cartagena, Carmen Conde se sumerge en el misterio de la vida de su excepcional amiga y nos la devuelve en toda su sensibilidad y amor. Gabriela Mistral fue uno de los seres más volcados de humanidad que han pasado cerca de nosotros. En ella alentaba algo más que la posesión poética. En su grito araucano el amor a los niños y a los desheredados emergía como un salmo bíblico. Pasó por América con modestia y sencillez franciscanas, pero un viento paráclito la acompañaba contra la hipocresía y la falsedad. Su abrupta e intensa personalidad poética se desdoblaba de cariño y ternura. A lo largo de sus sesenta y ocho años y su puñado de libros —Desolación, Ternura, Tala, Lagar, Poema de Chile, *etc., nos dejó un cántico casi cósmico servido en una lengua de diamante purísimo, en un verso intenso y altivo, que ha llenado el mundo de un aura olorosa y primaria, del latido personal e inolvidable de una mujer india que llevó siempre en la custodia de su pecho la luz y la sombra de su valle de Elqui, el hirsuto mensaje de una verdadera profetisa bíblica.*

YA he contado alguna vez mi inolvidable encuentro con Gabriela Mistral. Hay fechas y circunstancias de la existencia, que no se borran nunca. Yo vivía una adolescencia cartagenera repleta de lecturas que nadie dirigía, pero hay un ángel para los inocentes, y los libros que vinieron a mis manos me fueron enriqueciendo copiosamente. Entre los de poesía figuraban unos tomitos editados en Barcelona —hacia 1925— por una editorial llamada *Cervantes,* y en ellos aprendí el nombre de la poetisa chilena; antes o después, que eso no lo puedo precisar, leí un libro suyo —edición pirata, supe más tarde— titulado «Nubes» y creo que la editorial Maucci lanzó antologando a su parecer parte de la obra hasta entonces publicada por Gabriela.

Si la edición de *Cervantes* era linda, la de Maucci era horrenda. Decidí ser maestra como Gabriela y poetisa, ¿por qué se había de limitar el sueño de una muchacha como yo? Hacia 1927 las cosas sufrieron un cambio por lo que a mis predilecciones literarias se refería, si bien nunca deserté de Gabriela. Cuando en 1929 apareció mi libro primero, se lo envié... Tanto trabajo le costó a «Brocal» encontrarla que ella misma escribió en 1933: «Me conocí a mi Carmen Conde hace dos años. Su librito de poemas "Brocal" me había seguido por medio mundo y al fin me *alcanzó* en la costa ligure.» Tal es el comienzo del prólogo que para mi libro segundo, «Júbilos», quiso ella escribir a mi lado mismo.

Porque ya casada yo con el poeta Antonio Oliver Belmás en Cartagena, y esperando lo que sería mi hijo primero, quise venir a Madrid en donde acababa de residenciarse Gabriela. También son suyas estas palabras: «Carmen Conde me trae su propia visita, el bulto de su libro y... la presencia, que planea sobre nosotros, de su hijo que viene. Como en una balada, el niño llega a este mundo duro envuelto en la primera faja de unos poemas sobre la infancia.»

La casa en donde habitaba tenía entonces el número 11 de la avenida Menéndez Pelayo, y su teléfono el 55406. El día en que yo acudí a conocerla personalmente me acompañó una escritora amiga muy querida entonces, y a ella cedo el relato de los primeros momentos de la citada visita: «...Pero un día vino a Madrid Carmen Conde. Carmen, segura de sí misma, con su intrepidez saltadora de todas las distancias y su efusión vital de mil antenas, era ya amiga mía —de Cartagena a Buenos Aires— y había enviado a Gabriela, por el hilo de no sé qué meridiano, el mensaje adolescente de su "Brocal". Gabriela lo gustó, y alentó de lejos aquella vocación impetuosa, más tarde proclamada públicamente por la propia Gabriela en un no arrancado prólogo a los "Júbilos" de la cofrade mediterránea. Yo acepté con íntima alegría la invitación de Carmen Conde a acompañarla en su primera visita a Gabriela Mistral. Subimos, con una expectación un poco

trémula, a su piso de la avenida Menéndez Pelayo. Esperamos unos breves instantes en un gabinetito escueto, con muebles livianos de casa transitoria. Apareció Gabriela, con el andar reposado y la estatura prócer de su ascendencia vasca y aymará, toda sonrisa blanca sobre la tez dorada, con el alma en los ojos —ahora era verdad viva la vieja y bella frase—, unos ojos magníficos a flor de agua profunda... Gabriela y Carmen se reconocieron y se confirmaron, casi sin palabras, las promesas de la amistad distante. Yo contemplaba la escena desde el rincón más rincón que pude hallar...»

He aquí, resumida en pocas líneas, la historia de un encuentro: el primero entre dos poetisas, una de las cuales era admirada y reverenciada por la otra, mínima, llena de apasionada juventud total.

Gabriela vino a Madrid desde Barcelona, ciudad que admiraba y quería, y se instaló donde dije. Ocupaba un piso alto desde cuyos balcones se veía el Retiro extensamente. Ella se asomaba muchas veces a mirarlo, sobre todo por las mañanas temprano para oler la tierra mojada de sus macetas: «*Es preciso oler la tierra mojada con frecuencia, eso nos equilibra.*» Por las tardes, para recibir la caricia del aire cuando el exceso de visitas consulares o ligeramente amistosas, la abrumaba. A veces, si era grande el cansancio, solía ponerse paños húmedos y fríos en la nuca, dejando errar mientras tanto su verde mirada nostálgica por encima de los árboles, que se la recogían cual a una distante lluvia.

A su casa (yo vine muchísimas veces desde mi ciudad levantina a verla hasta que nos instalamos en Madrid, y ya lo hice con mayor tranquilidad y tiempo) acudimos innumerables personas, pero he de decir que recuerdo a muy pocas ya que Gabriela no me mezclaba con casi ninguna. Sencilla en el vestir y en el yantar, cuando se veía dispuesta a hacerlo invitaba a quienes tenía cerca si ellos andaban dentro de su órbita afectiva. Naturalmente que fuimos mi marido y yo de los más habituales a su frugal mesa, e incluso nos cedió en ocasiones su propio lecho para evitarnos que al ser de noche no nos resultara fácil volvernos a El Pardo, en donde viviamos porque yo era entonces Inspectora del Orfanato Nacional allí existente... por entonces, claro.

Cuando alguna vez resistiamos a su maternal oferta y nos íbamos a pernoctar en un hotel, se resentía dulcemente de nuestra actitud más que justificada ya que su casa no contaba con tantas habitaciones como para alojar huéspedes y ella nos obligaba a aceptar la suya propia. Por aquel tiempo actuaba como canciller suyo un joven escritor —al cual denominaba «gringo» por lo rubio y de ojos azules— llamado Enrique Délano. Su mujer, Lolita, formaba gran contraste con él pues era morena y de tipo breve y nervioso con el cabello muy oscuro.

Algunos meses después vino a reunirse con Gabriela y pasar con ella una larga temporada, aquella gran amiga suya e insigne mujer, Palma Guillén la mexicana que acabó casándose con otro ilustre hombre de letras catalán. También acudía mucho a tan grato hogar (pero no lo supe hasta encontrarme con ella en la Universidad de Valencia, en plena guerra civil), Concha Zardoya, la escritora y profesora de tanto prestigio en Estados Unidos y entre nosotros. Sí me conocía ella a mí por Gabriela, pues como departíamos ésta y yo generalmente a solas nunca tuve ocasión de tratarme con mi después entrañable amiga Concha Zardoya.

Como yo estaba esperando ser madre, Gabriela me cuidaba extraordinariamente —puntualizo: esto fue antes de instalarnos en El Pardo— y hasta me mimaba obligándome a desayunar con ella en un café que existía entonces en la calle Alcalá frente al Retiro y que se llamaba *Moka*. Nos reuníamos a las nueve de la mañana —sus citas a sus mejores amigos solían tener tal horario— y acudíamos a *Moka;* allí pedía ella gravemente unos tremendos platos de huevos fritos o de tortilla con patatas que me aterraban. Mi sobriedad de aquellos años no soportaba más que una taza de café con leche. Una mañana, desesperada de tener que comerme todo aquello, bajé a la cocina y supliqué que cuando aquella señora lo encargara para mí pretextaran que no disponían ya de ello. Después nos íbamos al Retiro, porque a Gabriela le encantaba acudir a la Casa de Fieras. Creía Consuelo Berges que acaso Gabriela, «enferma de nostalgia siempre por su trópico y aterida de frío en pleno junio madrileño, hallara en este oasis castellano un mínimo trasunto de sus climas preferidos. O acaso su franciscanismo, tan verídico, gustaba de mezclarse allí, en aquella hora lavada de impurezas urbanas por el rocío y por el sueño, con las animalías y los niños, criaturas elementales de Dios».

Pues en aquella Casa de Fieras pasábamos el rato, y allí nos retrató mi marido una mañana. La única que merece ser mirada es ella, claro está.

Sus visitas que a veces no eran breves la veían levantarse de cuando en cuando, diciendo un «*Ya vengo*» antes de salir del gabinete, o del comedor. Se venía a mi lado (cuando yo estaba en su casa) a descansar y a fumar. Solía confinarme en su despacho, que tenía una ventana lateral al Retiro, y cuando llegaba su momento de reposo sentábase ante su mesa, callaba, y fumaba infatigablemente. (Este fumar provocó las molestias de sus acompañantas ocasionales en el autocar en que viajó sola para ver Avila a su gusto; de aquel viaje se trajo nada menos que su incomparable elogio del cielo de Castilla.)

A veces hablaba lentamente, improvisaba o evocaba mientras yo la oía como a un oráculo. Entonces supe noticias de su corazón y aprendí a quererla como se quiere al ser humano insustituible, porque además



Gabriela en la época de su madurez creadora, en una fotografía dedicada a Carmen Conde. La gran poetisa española de la presencia de Gabriela en España hasta que el gobierno de la República le retiró el «exequatur» y estableció su consulado en Lisboa.





En setiembre de 1933, Gabriela y Carmen, posaron ante el poeta Antonio Oliver, esposo de la segunda, entre las frondas del Retiro. Gabriela Mistral dio la alternativa a Carmen Conde en la poesía, al prologar su libro «Júbilos». A la derecha, un intenso retrato de Gabriela debido a Vázquez Díaz.

la admiraba como a poeta de primerísima sangre divina. En uno de aquellos «descansos» logré conectarla con la maravillosa Zenobia Camprubí, a fin de que una visita de ella a Juan Ramón Jiménez, o de él a ella, acabara con cierto malentendido entre ambos poetas. La puse también en contacto con Clemencia Miró, hija menor de Gabriel el coloso del idioma. (Jorge Guillén, amigo de Gabriela Miró, dijo en cierta ocasión que éste «enseñaba los bíceps del idioma».)

Su prólogo a mi libro «Júbilos» fue escrito en una mañana y conservo el original. Era domingo y Gabriela se mantenía en la cama aprovechando que era fiesta y, por lo tanto, no habría visitas. Había ido yo, como de costumbre, y ella me recibió diciéndome que iba a escribir el prólogo —no pedido por mí— y que esperara en su despacho, contiguo a su habitación, que lo terminara. La verdad es que me fue llamando y entregando cada hoja que acababa, y recuerdo mi emoción al leerlas calientes de su mano aún.

Acuden a mi memoria en este momento algunas anécdotas, consignadas ya en mi biografía de Gabriela (Editorial EPESA, Madrid 1970), que no repito en esta largo recordar. Poco tiempo después de cuanto dije tuvo que abandonar Madrid. Causas: una necia indiscreción por parte de alguien que recibió una carta suya hablándole de la situación política española de entonces.

Pablo Neruda era también Cónsul de Chile en Madrid. Dos cónsules nada menos y ambos poetas coincidiendo en tiempo y espacio. No había mucha inteligencia entre ellos, los separaban abismos quedándose los dos como cimas. Los amigos del uno no lo eran de la otra, aunque nosotros hicimos la visita a Pablo acompañándonos Miguel Hernández una tarde después de almorzar reunidos. Se lo conté a Gabriela que sólo me comentó: «Estuve a verle y me hizo esperar un rato»... Lo dijo con indiferencia, la verdad. Luego supe que Pablo fue a verla y que en cierto modo todo se normalizó entre ambos.

Gabriela se marchó a Lisboa, desairada por las personalidades republicanas a causa de aquella carta traicionada por su destinatario, y estableció su nuevo Consulado. Seguimos nuestra correspondencia asidua. La carrera del Magisterio que yo, para imitarla, estudié sin ejercerla nunca oficialmente, me dio la oportunidad de que la Junta para Ampliación de Estudios que radicaba en el Centro de Estudios Históricos me otorgara una beca para Francia y Bélgica. Habíamos fundado mi marido y yo en 1931 la Universidad Popular de Cartagena y a los dos nos interesaba conocer otras instituciones similares fuera de España. En el verano de 1936 se me ocurrió opositar a una plaza del Magisterio y obtuve muy buen número. Gabriela nos escribió invitándonos a reunirnos con ella en el mes de agosto o septiembre, antes de emprender el viaje de estudios propuesto. Lo preparamos todo con enorme ilusión, pero... 1936 acabó con todos nuestros proyectos absolutamente.

Cartas y más cartas a Lisboa y de Lisboa. A través de inesperados medios, cartas desde París cuando Gabriela se marchó de Lisboa. Y hasta 1952 no se ofreció ninguna oportunidad de volver a verla. En 1952 estaba ella en Nápoles, Via Tasso 220, y me pidió que fuera a verla. Al llegar a Roma encontré en el hotel una carta suya explicándome lo que tenía que hacer para llegar pronto a su lado. Y me puse enferma súbitamente y no pude ir, tampoco, esta vez a darle un abrazo! Creí que sólo aplazaba mi viaje, pero no fue así. No la volví a ver nunca más. Cuando le concedieron el Premio Nobel unos cuantos amigos editamos un hermoso libro en su homenaje. Tardó dos años en recibirlo por culpa de su vagabundaje, como ella lo llamaba. En la carta que escribió a una amiga acusando recibo del tal libro, decía: «Nuestra noblota Carmen Conde traginó entre mis amigos de allá —pocos, pero lindos amigos— ese montón de adhesiones dedicadas a una republicana que fue echada de España por la República. Ella es una curiosa alma a la vez tierna y tenaz.»

Desde Italia perdí el contacto con ella. Supe de sus estancias en La Habana en casa de la gran poetisa cubana Dulce María Loynaz; en New Orleans, cerca de nuestra Concha Zardoya. Me dieron noticias de su mala salud, de su humanidad que declinaba, de una mente que se iba oscureciendo por obsesivos dolores muy justificados... Una vez me había enseñado en Madrid, 1934, un gran retrato de niños y niñas en su colegio de Italia. Yo sabía que Gabriela tenía a su sobrinito allí, se llamaba Juan Miguel, ella le decía Yin-Yin, y era hijo de su hermano. «¡A ver si sabes quién es Yin-Yin!, me dijo. Lo supe en seguida, con su consiguiente sorpresa. Los ojos grandes y verdes del muchachito eran los mismos ojos de Gabriela. Pues bien, aquel Yin-Yin tan hermoso, única alegría de la poetisa, murió en Río de Janeiro. En una carta que ella me dirigió desde Roma, en noviembre de 1952, me decía: «*Te escribo en cama y corto aquí..., no es nada malo: una de tantas fatigas pasajeras. Tanto he vagabundeado que vino el estropeo. Ay, la pérdida de Yin (Juan Miguel), asesinado y no suicida como inventó la "negrada" que consumó el hecho, la banda mulata. Y matado por ser "blanco de más", según confesión de uno de los cómplices. Dale también a él "señales de vida": rézale, hermana, a mi Juan Miguel.*»

Después me hablaba de la carencia de libros españoles en Italia, de su necesidad de lecturas fundamentales, y me pedía que le mandara cosas mías. También me comentaba que estaba escribiendo un largo poema sobre Chile: «es algo narrativo-descriptivo.» Se despedía con su proverbial generosidad: «Y gracias por tu recuperación.»

La muerte de Juan Miguel-*Yin-Yin* fue la última gota de acíbar para Gabriela. Desde aquel día infausto comenzó a morirse. Muchas veces le he mandado también a ella «las señales de vida» que me pidió para su muchachito hermoso.

Ella se me volvió una sombra, se me volvió también «una larga y sombría posada», como de su madre escribiera un día. Pero en mi memoria la mantengo como todo cuanto hay que mirar levantando los ojos al cielo.—■